

tará á las dos, después de haceros venir á San Petersburgo. Bueno, ¿y qué piensas? Viniendo de Lugin, ¿estas palabras pueden ofender tanto como si estuvieran escritas por éste—y mostró á Razumikin,—por Zosimof ó por cualquiera otro?

—No—respondió Dunetchka.—He comprendido bien que ha revelado con demasiada sencillez su pensamiento, y que quizá no es suficientemente hábil en el manejo de la pluma... Tu observación es muy severa, hermano mío. No la esperaba.

—Teniendo en cuenta que escribe como un hombre de negocios, no podía expresarse de otro modo, y quizá no sea culpable, á pesar de haberse mostrado tan grosero. Por otra parte, debo desencantarte un poco; contiene una calumnia contra mí, una calumnia bastante vil. Ayer di algún dinero á una viuda tísica y desgraciada, no, como él escribe, “so pretexto de pagar los funerales,” sino para los funerales; y entregué esta suma á la viuda, no á la hija del difunto, “joven, según él, de mala conducta,” á quien, por otra parte, vi ayer por vez primera. En todo esto no veo deseos sino de rebajarme á vuestros ojos y de indisponerme con vosotras. Aquí también emplea el estilo jurídico, es decir, que revela claramente su objeto y le persigue sin adornarse con forma alguna. Es inteligente; mas para conducirse con corrección, la inteligencia no basta. Todo esto pinta al hombre, y... no creo que te aprecie mucho. Dicho sea esto para tu edificación, porque sinceramente ansío tu felicidad.

Dunetchka no respondió; su resolución estaba ya tomada; no esperaba otra cosa que la noche.

—¿Qué decides, Rodia?—preguntó Pulqueria Alejandrovna.—Desea que no vayas á casa esta noche, y declara que se marchará... si allí te ve. Por esto te pregunto qué piensas hacer.

—Nada tengo que decidir. Á vos y á Dunia os toca ver si esta exigencia de Pedro Petrovitch tiene algo de ofensiva para vosotras. Yo haré lo que gustéis—dijo fríamente.

—Dunetchka ha resuelto ya la cuestión, y yo opino como ella.

—A mi entender, es indispensable que asistas á la entrevista, Rodia, y te suplico encarecidamente que vayas—dijo Dunia.—¿Irás?

—Sí.

—Os ruego que vayáis también—continuó la joven dirigiéndose á Razumikin.—Mamá invitó igualmente á Demetrio Prokofitch.

—Tienes razón, Dunetchka. Que todo se haga con arreglo á tu deseo—añadió Pulqueria Alejandrovna.—Por mi parte, esto me place; no me gusta fingir ni mentir; es preferible una franca explicación... ¡Pedro Petrovitch es ahora libre de enfadarse, si le conviene!

IV.

La puerta se abrió sin ruido en aquel instante, y una joven entró en el aposento, paseando miradas tímidas en derredor.

Su aparición causó general sorpresa, y todos los ojos se fijaron en ella con curiosidad.

Rascolnikof no la reconoció al pronto. Era Sofía Semenovna Marmeladof. Habíala visto la víspera por vez primera, mas en medio de circunstancias y en un traje que dejaron imagen distinta en su memoria. Entonces era una joven modestamente vestida, de modales convenientes y reservados, de fisonomía temerosa. Al ver á aquellas personas, que no esperaba encontrar allí, su confusión fué extremada, y hasta dió un paso para retirarse.

—¡Ah! ¿sois vos?—dijo Rascolnikof en el colmo de la sorpresa, turbándose á su vez.

Pensó que la carta de Lugin, leída por su madre y por su hermana, encerraba una alusión á cierta “joven de mala conducta.” Concluía de protestar contra la calumnia de Lugin y de declarar que la víspera había visto por vez primera á la joven. ¡Y he aquí que ella misma iba á su casa! Recordó también que había dejado pasar sin protestas las palabras “de mala conducta.” Todos aquellos pensamientos atravesaron confusamente su cerebro. Pero observando con más detenimiento á la pobre criatura, la vió tan aplastada por la vergüenza, que de repente se apiadó de ella. En el momento en que, espantada, ella iba á abandonar el aposento, una especie de revolución se operó en él.

—No os esperaba—se apresuró á decir, invitándola con la mirada á que se quedase.—Hacedme el favor de tomar asiento. Venís, sin duda alguna, de parte de Catalina Ivanovna... Permitid, ahí no; tomad, sentaos aquí...

Al llegar Sonia, Razumikin, sentado muy cerca de la puerta, en una de las tres sillas que se veían en el aposento, habíase alzado para dejar paso á la joven. El primer movimiento de Rascolnikof fué invitar á ésta última á que se sentara en el diván; pero recordando el carácter íntimo de aquel mueble, varió de opinión y mostró á Sonia la silla de Razumikin.

—Tú siéntate aquí—dijo á su amigo, mostrándole el sofá.

Sonia le obedeció casi temblando de espanto y mirando tímidamente á las dos señoras. Visible era que ella misma no comprendía cómo tenía la audacia de sentarse á su lado. Aquel pensamiento le causaba tal emoción, que se levantó bruscamente, y toda turbada, se dirigió á Rascolnikof:

—He... venido por un minuto. Perdonadme que os haya molestado—dijo en voz temblorosa.—No temiendo nadie más á quien mandar, Catalina Ivanovna me envía... Os ruega que asistáis mañana á las exequias fúnebres... y que en seguida vayáis á casa... á comer algo... Espera que le honréis con vuestro asentimiento...

Después de tales palabras, penosamente articuladas, Sonia guardó silencio.

—Cierto que trataré... haré lo posible...—balduceó á su vez Rascolnikof, que también se había levantado.—Tened la bondad de sentaros—agregó bruscamente.—Os lo ruego... ¿Tenéis prisa?... Quisiera hablar con vos; hacedme el favor de concederme dos minutos...

Con el gesto la invitaba á sentarse; Sonia obede-

ció; ella volvió á mirar tímidamente á las señoras, y bajó de pronto la vista.

Las facciones de Rascolnikof se contrajeron, su pálido rostro volvióse carmesí, sus ojos despidieron llamas.

—Mamá—dijo en voz vibrante,—es Sonia Semenovna Marmeladof, la hija del desgraciado á quien ayer aplastó un coche y de quien ya os hablé...

Pulqueria Alexandrovna miró á Sonia y guiñó ligeramente los ojos. No obstante el temor que experimentaba ante su hijo, no pudo impedirse esta satisfacción. Dunetchka se volvió hacia la pobre joven y la examinó con aire serio. Oyéndose nombrar por Rascolnikof, Sonia levantó la cabeza; pero su embarazo aumentó.

—Quería preguntaros—se apresuró á decir el joven—qué ha ocurrido hoy en vuestra casa..... ¿No os ha molestado la policía?

—No, nada ha habido.... La causa de la muerte era evidentísima; se nos ha dejado tranquilas; sólo que los inquilinos se han enfadado.

—¿Por qué?

—Dicen que el cuerpo lleva mucho tiempo en la casa.... Como hace calor, huele.... De manera que hoy, á la hora de las vísperas, será trasladado á la capilla del cementerio, donde quedará hasta mañana.... Catalina Ivanovna no quería esto, mas por fin ha tenido que comprender que no podía obrarse de otro modo....

—¿Luego la conducción del cadáver se verifica hoy?

6/11/65

—Catalina Ivanovna espera que le honréis asistiendo mañana á las exequias, y que en seguida iréis á su casa á tomar parte en la comida fúnebre.

—¿Da una comida?

—Sí, una colación; me ha encargado que os dé en su nombre las gracias por el socorro con que ayer la favorecisteis.... Sin vos no hubiera podido pagar los gastos de entierro.

Un temblor súbito agitó los labios y la barba de la joven; pero ésta hizo dueña de su emoción, y volvió á fijar la vista en el suelo.

—¿Es posible que Catalina Ivanovna salga de apuros con medios tan exiguos? ¿Y aun piensa dar una colación?....—preguntó Rascolnikof.

—El féretro será sencillísimo.... todo se hará con modestia.... de modo que no será caro.... No hace mucho que Catalina Ivanovna y yo arreglamos cuentas.... Incluidos todos los gastos, aún quedará para una ligera comida.... cosa de que Catalina Ivanovna no quiere prescindir. Nada puede decirse en contra.... Para ella es un consuelo.... Sabéis cómo es....

—Comprendo, comprendo.... sin duda.... ¿Miráis mi aposento? Dice mamá que se parece á una tumba.

—¡Os despojasteis ayer de todo para dárnoslo á nosotros!—respondió Sonia con sorda y rápida voz, bajando otra vez la vista.

Sus labios y su barba comenzaron de nuevo á agitarse. Desde que llegara había quedado sorprendida ante la pobreza que reinaba en la habitación, y aque-

llas palabras se le escaparon espontáneamente. Hubo un silencio. Los ojos de Dunetchka se aclararon, y la misma Pulqueria Alejandrovna miró á Sonia con aire un poco afable.

—Rodia — dijo levantándose, — queda convenido que comemos juntos. Vámonos, Dunia. Pero debías salir, Rodia; te sentaría bien un paseo; luego descansarías, y en seguida irías á casa. . . . Temo que te hayas fatigado. . . .

—Sí, sí; iré—se apresuró él á responder, alzándose igualmente.—Por otra parte, he de hacer algo. . . .

—¡Cómo! ¡No vayáis á comer separados!—empezó á gritar Razumikin.—¡Tú no puedes hacer eso!

—No, no; iré ciertamente, ciertamente. . . . Pero tú, quédate un minuto más aquí. . . . ¿No le necesitáis, mamá? ¿No os privo de él?

—¡Oh! ¡no, no! Vos también, Demetrio Prokofitch, ¿queréis ser bastante bueno para ir á comer con nosotros?

—Os ruego que vayáis—agregó Dunia.

Razumikin se inclinó, radiante. Extraño embarazo se apoderó por un momento de todos.

—Adiós, Rodia; es decir, hasta la vista; no me gusta decir “adiós.” Adiós, Nastasia. . . . ¡Vaya! ¡he aquí que vuelvo á decirlo!. . . .

Pulqueria Alejandrovna tenía intención de saludar á Sonia; mas no obstante su buena voluntad, no pudo resolverse á ello, y salió precipitadamente de la habitación.

Advotia Romanovna, por su parte, saludó á la joven con toda ceremonia. La infeliz se inclinó con temeroso

apresuramiento, y en su rostro se vió una dolorosa impresión, cual si la cortesía de Dunia hubiérala afectado penosamente.

—¡Adiós, Dunetchka!—gritó Rascolnikof cuando se hallaron en el vestíbulo.—Dame la mano.

—Ya te la di antes. ¿Acaso lo has olvidado?—respondió Dunia, volviéndose hacia él con aire afable, no obstante sentirse embarazada.

—Bien, vuélvemela á dar.

Y estrechó con fuerza los dedos de su hermana. Dunetchka le sonrió, ruborizándose; luego se apresuró á apartar la mano, y siguió á su madre. Esta era igualmente feliz, sin que sepamos decir por qué.

—¡Vaya, he aquí que todo está bien!—dijo el joven volviendo al lado de Sonia, que había quedado sola en el aposento, y mirándola con aire sereno.—¡Que el Señor procure paz á los muertos, que deje vivir á los vivos! ¿Verdad?

Sonia notó con sorpresa que el rostro de Rascolnikof se había aclarado de pronto. Durante algunos instantes miróla él en silencio; recordaba cuánto Marmeladof habíale contado respecto á la joven. . . .

—He aquí el asunto de que tengo que hablarle—dijo Rascolnikof á Razumikin, llevándole junto á la ventana.

—¿Diré á Catalina Ivanovna que iréis? . . .

Al pronunciar estas palabras, Sonia se disponía á despedirse.

—Al momento soy con vos, Sonia Semenovna. No tenemos secretos, no nos molestáis. . . . Quisiera decir dos palabras más. . . .

Y dirigiéndose de pronto á Razumikin:

—¿Conoces á ese...?—dijo.—¿Cómo le llaman?...
¿Conoces á Porfirio Petrovitch?

—¿Si le conozco? ¡Es pariente mío! ¿Qué le quieres?—respondió Razumikin, muy intrigado por aquella entrada en materia.

—¿No dijisteis ayer que era... juez instructor en... ese asunto... en el asunto relativo á la vieja?

—Sí... Y ¿qué más?—siguió preguntando Razumikin, que abrió cuanto pudo los ojos.

—Interroga, según deciais, á las personas que tienen objetos en casa de la anciana. Y yo habia empeñado algo allí, lo cual vale la pena de ser tenido en cuenta. Se trata de una sortija que me diera mi hermana al partir para San Petersburgo, y un reloj de plata que perteneció á mi padre. Vale todo cinco ó seis rublos, mas para mí tiene á la vez otro valor: el del recuerdo. Y no quiero perder esas joyas. ¿Cómo he de arreglár-melas para que mi deseo sea atendido? ¿Yendo á prestar declaración? ¿Yendo á casa del juez?

—¡Yendo á casa de Porfirio!—gritó Razumikin, presa de agitación extraordinaria.—¡Oh, qué contento estoy! ¡Porque podemos ir en seguida, pues él vive á dos pasos de aquí!

—Sea... partamos...

—¡Cuánto celebrará conocerte! Varias veces le he hablado de ti... Ayer mismo... Pero ¡partamos! ¿Conque conocías á la vieja? ¡Todo se explica admirablemente!... ¡Ah, sí! Sofía Ivanovna...

—Sofía Semenovna—rectificó Rascolnikof.—Sofía

Semenovna, el señor es mi amigo, Razumikin, un buen hombre.

—Si vais á salir...—comenzó Sonia, á quien la presentación habia tornado más confusa, y que no se atrevía á mirar á Razumikin.

—¡Bueno, partamos!—decidió Rascolnikof.—Pasaré por vuestra casa hoy mismo, Sofía Semenovna. Bastará para ello que me digáis dónde vivís.

Pronunció estas palabras, no precisamente con aire embarazado, pero sí con cierta precipitación y esquivando las miradas de la joven. Esta dió las señas de su casa, no sin ruborizarse. Los tres salieron juntos.

—¿No cierras la puerta?—preguntó Razumikin cuando bajaban la escalera.

—Nunca... Por otra parte, dos años hace que ni aun tiene cerradura—dijo lentamente Rascolnikof.—¡Felices ¿verdad? las personas que no tienen nada que guardar bajo llave!—añadió luego alegremente, dirigiéndose á Sonia.

Se detuvieron en el umbral de la puerta de entrada á la casa.

—¿Vais hacia la derecha, Sofía Semenovna? A propósito: ¿cómo habéis descubierto mi aposento?

Se veía que lo que decía no era lo que habia querido decir; no cesaba de mirar con claros y dulces ojos á la joven.

—Vos disteis vuestras señas á Poletchka.

—¿A qué Poletchka? ¡Ah, sí!... Aquella niña... ¿Es hermana vuestra? ¿Y le di las señas de mi habitación?

—¿Acaso lo habiais ya olvidado?

—No....; recuerdo que, en efecto....

—Había oído hablar de vos al difunto..... Sólo que no conocía entonces vuestro nombre..... que tampoco él conocía.... Hoy, al saber cómo os llamábais, vine aquí, preguntando: ¿Vive en esta casa el señor Rascolnikof? Ignoraba que habitarais en una casa de huéspedes..... Adiós; diré á Catalina Ivanovna....

Feliz al poderse marchar, Sonia se alejó con paso rápido y baja la vista. Deseaba volver cuanto antes la primera esquina, para esquivarse á la mirada de ambos jóvenes y reflexionar sin testigos acerca de los incidentes de la víspera.

Nunca había experimentado semejante sensación. Todo un mundo desconocido surgía confusamente en su alma. Recordó súbitamente que Rascolnikof había, espontáneamente, manifestando la intención de ir á verla á su casa. ¡Quizás fuera por la mañana, inmediatamente acaso!

—¡Que no venga hoy!—murmuró toda angustiada.
—¡Señor! En mi casa.... en aquel aposento.... Verá.... ¡Oh Señor!

Estaba demasiado preocupada para notar que desde que se separara de los jóvenes, era seguida por un desconocido, el cual, pasando junto á ellos, al oír á Sonia decir: "Vive en esta casa el señor Rascolnikof?" habíase estremecido, habíala mirado y había pensado al momento:

—He visto este rostro en alguna parte.

Después de lo cual, diciéndose que para él era nece-

sario saber dónde la joven habitaba, habíase puesto á seguirla.

Hasta que no entró en el portal de la casa en que vivía, Sonia no se dió cuenta de que un hombre seguía todos sus pasos. Cunado llegó al tercer piso, se internó en un corredor y llamó en el número 9, sobre cuya puerta se leían estas palabras, escritas con tiza:

KAPERNAUMOF, SASTRE

—¡Bah!—murmuró el desconocido, al parecer sorprendido por la coincidencia.

Y llamó en el número 8.

—¿Vivís en casa de Kapernaumof?—preguntó riendo á Sonia.—Me ha arreglado un chaleco. Yo vivo aquí, en la habitación que perteneciera á la señora Resslerich. ¡Qué casualidad!

Sonia le miró detenidamente.

—Somos vecinos—continuó él en tono jovial.—No estoy en San Petersburgo sino desde anteayer. Vaya, ¡hasta que tenga el placer de volver á veros!

Sonia no respondió. Se abrió la puerta, y la joven entró vivamente en su casa. Estaba intimidada, avergonzada....

—No sabía—decía mientras tanto Razumikin á su amigo Rodia,—no sabía que tú también hubieras empuñado algo en casa de la vieja. Y.... y.... ¿hace de eso mucho tiempo?

—¿Cuándo fué—dijo Rascolnikof, tratando de reunir sus recuerdos.—Fué, según creo, la antevíspera de su muerte. Por otra parte, no se trata para mí de sacar

esos objetos—se apresuró á agregar, como si la cuestión le hubiera preocupado vivamente.—No tengo más que un rublo, gracias á las locuras que cometiera ayer bajo la influencia de aquel maldito delirio.

Acentuó de un modo especial la palabra “delirio.”

—Entonces.... ¡sí, sí!—se apresuró á decir Razumikin, respondiendo á su pensamiento.—Con tal objeto, tú.... La cosa me había llenado de sorpresa.... porque cuando delirabas no hablabas más que de sortijas y cadenas de reloj.... ¡Sí, sí! Ahora todo se explica.

—Ha tenido la idea, bien claro se ve—pensó Rascolnikof.—Este hombre se haría crucificar por mí, y es feliz pudiendo “explicarse” por qué hablaba de sortijas en mi delirio. Mi modo de expresarme ha debido acabar con todas sus sospechas.... Pero ¿le encontraremos?—preguntó en voz alta.

—Cierto que le encontraremos—respondió sin vacilar Razumikin.—Famoso mozo como verás. Algo torpe, es cierto, lo cual no quiere decir que carezca de tacto. No; es torpe desde otro punto de vista. Está lejos de ser bruto, pues hasta resulta inteligente; sólo que su inteligencia es particular.... Es incrédulo, escéptico, cínico.... le gusta confundir á las gentes.... Además, permanece fiel á las antiguas costumbres; es decir, que no admite sino las pruebas materiales.... Pero sabe su oficio. El año pasado desembrolló una causa de asesinato en la que no se veía ningún indicio. Tiene infinitos deseos de conocerte.

—¿Por qué razón?

—¡Oh, no es que....! En estos últimos tiempos,

mientras tú has estado enfermo, hemos tenido ocasión de hablar de ti. Cuando se enteró de que eras estudiante de derecho y que te habías visto obligado á abandonar la Universidad, dijo: “¡Lástima grande!” De lo cual he deducido.... es decir, no me he fundado sólo en eso, sino también en otras muchas cosas.... Ayer, Zametof.... Oye, Rodia: cuando ayer te llevé á tu casa, estaba ebrio y hablaba á tontas y á locas; mal me sabría que tomaras demasiado en serio lo que te dije....

—¿Qué me dijiste? ¿Que me consideran loco? Acaso tengan razón—respondió Rascolnikof con falsa sonrisa.

Se callaron. Razumikin estaba contentísimo, cosa que Rascolnikof veía con ira. Lo que su amigo acababa de decirle respecto al juez de instrucción no dejaba de inquietarle.

—Es esa casa gris—dijo Razumikin.

—Lo esencial es saber—pensaba Rascolnikof—si Porfirio está enterado de mi visita de ayer á casa de aquella bruja y de la pregunta que hiciera respecto á la sangre. Es necesario que yo sepa al punto á qué atenerme acerca de eso; de otro modo, aun cuando haya de perderme, tendré el corazón descubierto.

—¿Sabes una cosa?—preguntó bruscamente á Razumikin, con una traviesa sonrisa.—Me parece, amigo mío, que á ti te ocurre algo extraordinario. ¿Me equivoco?

—¿Qué? ¡Nada de eso!—respondió Razumikin como ofendido.

—No me engaño, amigo. No hace mucho estabas to-

do encarnado. Y te ruborizaste sobremanera cuando se te invitó á comer.

—¡Eso es absurdo! ¿Por qué dices eso?

—¡De veras! ¡Tienes timideces de colegial! ¡Diablo, te ruborizas nuevamente!

—¡Eres insoportable!

—Pero ¿por qué esa confusión, Romeo? Déjame obrar, que hoy contaré yo eso en alguna parte... ¡Ja, ja! ¡Cómo van á divertirse mi mamá... y otra persona!

—Escucha, escucha... Te hablo seriamente. Todo eso es... ¡Después, después, diablo!...—balbuceó, lleno de espanto, Razumikin.—¿Qué les contarás? Amigo mío, yo... ¡Oh, qué cochino eres!

—¡Una verdadera rosa primaveral! ¡Y si supieras qué bien te sienta! Un Romeo de dos "arquinas" y doce "verchoks." Te habrás lavado hoy... Hasta te has limpiado las uñas. ¿Cuándo lo has hecho? Creo, ¡Dios me perdone! que hasta te has perfumado. ¡Baja la cabeza, quiero olerte!

—¡Cochino!

Rascalnikof estalló en sonora carcajada. Y esta hilaridad, que parecía incapaz de dominar, duraba aún cuando los jóvenes llegaron á casa de Porfirio Petrovitch. Desde la habitación podía oírse su rísa, cosa que pensó Rascalnikof.

—¡Si dices una palabra, te apabullo!—murmuró Razumikin lleno de cólera y asiendo por los hombros á su amigo.

V

Rascalnikof entró en casa del juez de instrucción con la fisonomía de un hombre que ha hecho todo lo posible por parecer serio, pero que no lo consigue sino con gran trabajo. Detrás de él avanzaba torpemente Razumikin, rojo como una amapola y las facciones alteradas por la cólera y la vergüenza. Su rostro, su figura toda, justificaban suficientemente la hilaridad de su compañero. Porfirio Petrovitch, de pie en medio del aposento, interrogaba con la mirada á los visitantes.

Rascalnikof se inclinó ante el amo de la casa, cambió un apretón de manos con él y pareció hacer un violento esfuerzo para ahogar sus ganas de reír mientras decía su nombre y calidades. Mas apenas había recobrado su presencia de ánimo y balbuceado algunas palabras, cuando, en mitad de la presentación, tropezando sus ojos con el rostro de Razumikin, estalló en recia carcajada.

Razumikin prestó, á su pesar, un gran servicio á su amigo, porque aquella "loca rísa" le encolerizó de una manera, que concluyó por dar á toda aquella escena cierta apariencia de alegría franca y natural.

—¡Oh! ¡el taimado!—aulló, con violento movimiento del brazo, brusco ademán que hizo que un mueble rodara por el suelo.

—Pero ¿por qué deterioráis de ese modo el mobi-